

plomo sobre los arrozales blondos, derrama sus rayos múltiples como lluvia de chispas, espolvoreando la tierra de oro fino, coloreando el follaje y las flores con todos los tintes prismáticos. Sus rojizos rayos, al deslizarse sobre la vegetación van suavizándose, apagándose, disolviéndose en estelas luminosas que vaporizan las lejanías, y prestan a las perspectivas infinitas una brumosa vaguedad opalina. Sobre los regueros de jazmines, —nieve aromática,— las mariposas tornasoladas, las abejas de corseletes bruñidos, chupan almíbar; enjambres de verdes moscas revolotean en el jaspe de las fuentes, atraviesan el aire trazando fosforescentes zigzags con el metálico brillo de sus alas. En el ramaje enmarañado desenvuelven los faisanes sus plumas de exquisita seda, que remedan flores fabulosas. Agítanse al viento, con una música argentina, las campanillas de plata suspendidas a las torres agudas, al tejado frágil, a las flechas de alabastro y nácar que florecen en aquel cielo vívido, cielo de Oriente...

Y Dui-nai, la misteriosa y tímida, la diminuta princesa de los párpados oblicuos y los piecillos de bebé, acurrucada bajo el pórtico imperial, improvisa baladas al ritmo del «Yakú», y apura incontables tazas de té amargo....

Abanico Luis XV.

Un rincón de parque. Los castaños rozan con su manto de follaje el banco de mármol a relieves complicados y mitológicos, donde descansa, y se olvida en alambicado flirtaje, una marquesa Watteau. Figurilla decorativa y galante; encantadora cabeza empolvada, rostro fino, espiritual, claros ojos picarescos, sonrisa impertinente y voluntariosa. El talle menudo se dibuja, bajo el corpiño de damasco; exageran las caderas los «panniers» voluminosos, y los piecillos, forrados en chapines de raso a grandes tacones, se adelantan coquetamente fuera de la falda. Una mano, revestida de blanco mitón, juguetea con el bastoncillo de marfil, la otra sostiene la indolente y risueña cabeza, apoyado el codo en el brazo monumental del banco.

A sus pies, en el tapiz del fino musgo que sirve de engaste a un redondel de agua estancada y verdosa, el indispensable galancete de peluca blanca y pantalón corto, teniendo en sus manos afeminadas, llenas de oyeuelos, una mandolina frágil, engalanada con cintajos de brillantes tintes: el rostro imberbe de muñeco de porcelana, estirado por una sonrisilla lánguida....

En la sombra mate de una enramada espera una litera fastuosa, guardada por dos pajes galoneados. Alamedas de tilos se extienden en todas direcciones, van a perderse a lo lejos en bosquecillos, en florescitas, en pabellones de incomparable verdor. En el centro de una glorieta luminosa se divisa una hermosa fuente con grupo de tritones esculpido sobre el zócalo: el agua brilla con burbujas espumosas, asciende en flechazo plateado hacia el cielo teñido de rosa, y recae con lluvia de gotitas chispeantes que remeda catarata de pedrerías... Y en el fondo, las torres del señorial castillo, cubiertas de yedra, románticas, pintorescas, doradas divinamente por el último golpe de sol vespertino....

